

Respuesta clara y concisa

(A José Luis Aranguren, crítico independiente y responsable)

1. Centro

Cuando se llega de una periferia a un centro (de nuestro mundo cristiano a Cristo, de nuestra constelación solar al sol, de nuestro reino mineral al oro, de nuestra sien a nuestro corazón) hay una evidencia de término. Un término que supone todos los términos; un fin suficiente.

¿Qué libro sería el fin suficiente, como centro, de la escritura del hombre, de nuestra escritura? ¿Estarían conformes todos los hombres en que ese libro fuera «La Divina Comedia»? ¿No podría sostener esa afirmación un poeta, joven o viejo? ¿O no existe un libro que pueda llamarse, porque lo sea evidentemente, un centro?

(Inédito)

(1954)

(P. R.)

2. A algunos de mis censores, con el posible comedimiento

Nunca he cambiado mi manera de proceder con los demás, como crítico independiente de mi escritura. Mientras los demás se han conducido conmigo lealmente, es decir, con dignidad y franqueza, yo he visto y señalado lo mejor de ellos; cuando han sido desleales conmigo he señalado y visto lo peor.

Y esto es para mí natural y lójico, ya que yo uno íntimamente la obra y el hombre.

Si yo procediera de otro modo, no sería sincero, y la sinceridad es mi mejor vicio.

(Inédito)

(1954)

(P. R.)

3. ¿Crítica anónima?

Sí, crítico anónimo, digo: crítico irresponsable. Yo escribí hace 20 años y sigo escribiendo que Garcilaso y Góngora en nuestra poesía antigua y Jorge Guillén y Fco. García Lorca en la moderna (y éstos no son ejemplos únicos sino elejidos) no representan en su escritura el espíritu humano, no se mueven en la esfera en que se mueven los más verdaderos poetas, el mejor Dante, el mejor Juan de la Cruz, el mejor Goethe y el mejor Unamuno, también por ejemplos elejidos; no tienden a la esfera alta y honda en que yo querría vivir siempre con ellos.

Esto no quiere decir que yo no admire y evalúe hoy como hace 30 años la encantadora fluencia, la floral y frutal dicción de Garcilaso, la rica sintaxis poética, la majía verbal de Góngora, los premiosos y acendrados logros literarios de Guillén ni la pintura plástica y musical de Lorca.

Y en mí han influido mucho Garcilaso y Góngora durante mi juventud. Pero ¿por qué no puedo yo lamentar hoy, en plena vejez, esas influencias, como la del mismo R. Darío, aun respetando a conciencia el valor cualitativo de los tres?

(Inédito)

(1954)

4. Carbón y hombre

De un hombre tiznado de carbón se dice que está sucio; y se dice también que se limpia lavándose con agua y jabón. Pero un filón de carbón en una mina, un montón de carbón en una casa no son ni están sucios; y se ensucian echándoles jabón y agua.

¡Qué complicado este asunto de lo sucio y lo limpio, este mancharse tizándose y este no ensuciarse lavándose!

(Inédito)

(1954)

5. Fijar y lucir

Una cosa es decir o escribir el canto incontenible para fijarlo y perdurarlo y otra cosa es sentir afán de escribir por lujo de escribir. En el primer

caso escribir es conservar una emoción, perpetuarla; en el segundo no es más que emplear un don vicioso. Lo primero es la pura poesía, lo segundo el virtuosismo poético más o menos puro.

Pero yo siempre dije que las dos escrituras pueden coexistir en un mismo escritor como pueden coexistir por debilidad ocasional la enfermedad y la salud. Una persona puede ser saludable aunque pase enfermedades y, en muchos casos, el más saludable es el más espuesto, como es sabido. Y si he opuesto la literatura a la poesía apartándome del pie de la letra, he querido oponer el oficio a la necesidad.

Como un andar, un nadar, un volar naturales y necesarios no pueden ser nunca el nadar, el andar, el volar como ejemplo de profesiones espectaculares, con premio más o menos convencional.

(Inédito)

(1954)

6. Modernismo

Parece imposible que, después de tres cuartos de siglo (el último del diecinueve y los dos primeros del corriente), se siga considerando en España y en Americohispania el modernismo con la incomprensión ciega y obstinada con que se le considera. Como si la mayoría de los críticos se encontraran muy cómodos en lo falsamente establecido y no quisieran cambiar todo su sistema de relaciones para que no se les venga abajo su tinglado ocasional. Todo parte, a mi juicio, de que se ha construido durante 50 años por mala fe o por ignorancia, sobre un cimiento falso: la llamada crítica de los periódicos satíricos de una época. Y el resultado fue y sigue siendo que se tome el modernismo como su vicio, tales princesas, tales nelumbos, tales muebles o tales esdrújulos; una equivalencia de lo que fue y sigue siendo que se tome el romanticismo por tales tisis provocadas, tales suicidios aparatosos, es decir como su vicio también. En cada siglo ocurre lo mismo con los movimientos nuevos de cada época sólo que ya los vicios del Renacimiento, por ejemplo, están bien separados ya de las calidades normales por el tiempo.

El nombre modernismo apareció en Alemania a mediados del siglo diecinueve, como es sabido, para señalar (y no despetivamente) un movimiento teológico de judíos, protestantes y católicos que pretendían conciliar, en lo posible, los dogmas de la iglesia con los descubrimientos científicos. El movimiento pasó a Francia donde el abad Loisy fue su principal propagandista; a los Estados Unidos en donde se le opone otra escuela teológica, la de los fundamentalistas de Tennessee; a Italia, a Rusia, etc. Pero en Francia no tomaron ese nombre los escritores ni los artistas representativos

de su época sino los de parnasianismo, impresionismo, naturalismo, simbolismo, etc. Lo que quiere decir que Francia procedió por escuelas, tal vez por considerar el modernismo como un movimiento teológico principalmente ya que entre los franceses tuvo una evidente propaganda dicha teología.

El nombre pasa a Americohispania de los Estados Unidos por los poetas desterrados de distintas repúblicas americanas y a España de Hispanoamérica. En España se vio más claro el asunto. Cuando yo llegué a Madrid en 1898 oí decir de Unamuno: «Ese tío modernista», en un sentido equivalente a lo que años antes se decía del krausismo: «Esos tíos krausistas». Y prescindiendo de la intención el dicho estaba bien dicho de Unamuno porque Unamuno era un teólogo herético como los alemanes. De modo que Unamuno significó ya siempre para mí el más auténtico modernismo y significó movimiento y no escuela.

A todos los jóvenes de entonces que colaboraban en «Vida Nueva», la revista nueva [*espacio en blanco*] a Azorín como a Maeztu, a Baroja como a Valle-Inclán, a Benavente como a Ganivet se les llamaba modernistas y sin duda lo eran porque sostenían principios equivalentes a los del modernismo teológico: revisión de los dogmas cuya equivalencia literaria era la tradición, el «Cantar de mio Cid», Santa Teresa, San Juan de la Cruz, el Greco, Gracián, etc. con la libertad de las nuevas perspectivas intelectuales y estéticas. Como es sabido lo de «Jeneración del 98» lo inventó «Azorín» del brazo de Gabriel Maura unos 12 años después cuando ya el nombre modernismo se había jeneralizado y dicho mote del 98 no fue sino una hijuela del modernismo y no hay que olvidar que lo que une a los representantes de esa jeneración: Ganivet, Benavente, Valle-Inclán, «Azorín», Baroja, Maeztu y algunos apéndices tan diferentes unos de otros como los de jeneraciones distintas, es el nombre modernismo como movimiento y no el del 98 como hijuela. La superposición de Antonio Machado o de Ortega o de cualquier otro de la jeneración siguiente, es decir, los novecentistas es absolutamente arbitraria. No son del accidental 98 sino del auténtico modernismo y lo son particularmente porque son ideólogos más que poetas.

Lo que Americohispania recojió de Francia como modernismo americano fue la escuela y la escuela parnasiana primero. En España en cambio, empezamos por el simbolismo, aceptando también el parnasianismo de Rubén Darío particularmente. El parnasianismo casi no se dio en España entonces. Lo cultivaron vagamente Emilio Ferrari, Manuel Reina, Salvador Rueda, etc. que influyeron en Villaespesa. Los Machados y yo, que vivimos en Francia por entonces, teníamos ya los libros de los simbolistas y Verlaine influyó directamente en nosotros más que Heredia que influyó tanto en América.

Esto era lógico, puesto que teníamos a Bécquer, a Larra, a Rosalía de Castro al mismo tiempo que a Baudelaire, Verlaine, Mallarmé, Rimbaud, Laforgue, etc. Se impone al momento una línea interior que la extrema juventud nuestra no puede desenvolver desde el primer momento, línea que como vengo diciendo hace muchos años y muchos han repetido ya viene de Bécquer, que era un simbolista en el sentido cabal de la palabra y un modernista que se aprovechó de N. de Arce en sus gritos del combate. La influencia americohispana aunque perduró en muchos poetas, que hoy no se recuerdan, en nosotros los que acabo de señalar duró escasamente un par de años.

Mi jeneración vuelve pronto a Bécquer y sigue su camino propio por el simbolismo. La influencia de Bécquer llega luego al mismo Unamuno, tan aparentemente lejano, y no hay nada que decir de su influencia en los poetas posteriores a mi jeneración, en los que, caso curioso, se acentúa un parnasianismo evidente desde Guillén hasta Lorca y luego en los llamados Garcilasistas.

Todos los escritores españoles y americohispanos de fines del siglo diecinueve y principios de este veinte fuimos y somos modernistas, estamos dentro de ese movimiento de revisión y libertad aunque en escuelas distintas mientras no nos fuimos o nos vamos encontrando nuestra propia individualidad. El modernismo lleva ya más de un siglo. Si Neruda o Lorca, Vallejo o Aleixandre se hubieran espresado en 1900 con la misma espresión con que escriben hoy, hubieran sido llamados también «Esos tíos modernistas». Ahora son «Tíos existencialistas» o fueron «Tíos tremendistas», «Tíos sobrerrealistas», por escuelas también del modernismo, etc. pero todos continúan uniendo una tradición más o menos visible con una completa libertad. Una crítica corriente podría decir más o menos despectivamente que lo mismo da que se llame modernismo o simbolismo lo que suele llamarse modernismo o lo que se llama jeneración del 98 más o menos aburridamente también. Sí, sólo que la mayor parte de la jeneración del 98 significa marcha atrás, un atrás casticista, castuocista, vuelto al provincianismo cerrado, como una Caina ancestral, y el modernismo con el simbolismo frontera abierta, campo abierto al futuro, ya que no sería posible suponer nada de lo que hoy se escriba sin el simbolismo, como nada de lo que hoy se pueda musicar sin el impresionismo, como nada de lo que hoy se teolojiza sin el modernismo teológico.

7. En la armonía eterna

Cuando Jesús, hijo de María, dijo sintiéndose morir en su cruz: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu», quiso decir, sin duda: «Conciencia

superior, eterna conciencia, conciencia de la que yo participo, a ti me entrego como una parte a su todo, a ti encomiendo lo mejor mío, mi espíritu».

Y cuando le dijo, momentos antes, al buen ladrón: «Esta tarde estarás conmigo en el Paraíso», le estaba diciendo sin duda: «Esta tarde estarás conmigo en la paz de nuestra conciencia entregada, encomendada, porque hemos terminado bien nuestra vida y descansaremos, quedaremos en paz en la armonía eterna del cumplimiento».

(1954)

8. Bowra dijo

Bowra, el probado crítico inglés del simbolismo, escribió en su ensayo «La poesía en los primeros cincuenta años de nuestro siglo» y refiriéndose a España que no era ocasión de hablar de Antonio Machado en dicho ensayo [*espacio en blanco*] Hardy, etc. [*amplio espacio en blanco de tres líneas.*] Y añade luego que Unamuno y algún otro... [*espacio en blanco de dos líneas.*] Y ¿por qué no he de añadir yo que creo que Bowra tiene razón si creo firmemente que la tiene [?]. ¿Quiere esto decir, crítico anónimo arbitrario, que yo no considere a Antonio Machado un verdadero poeta como he dicho y seguiré diciendo mientras viva, un extraordinario trasnochado? ¿No puedo decir que su romance «La tierra de Alvargonzález» como dijo Ramón Menéndez Pidal no es una equivalencia de los romances del «Romancero» y que no abre ninguna posibilidad hacia el futuro? ¿y que el poema «Divagaciones» es sencillamente romanticismo estravagario que pudo haber escrito Espronceda?

¿Por qué no puedo yo decir lo que pienso por el hecho de que soy un escritor en verso y prosa y no un crítico anónimo? ¿Decir que Antonio Machado corresponde a la época a que pertenece quiere decir que yo lo arrumbe con Núñez de Arce y Campoamor? ¿Pues dónde he dicho yo que Campoamor y Núñez de Arce sean verdaderos poetas? Pero sí puedo añadir que en Antonio Machado hay mucho de Campoamor como hay mucho de Bartrina, de Gabriel y Galán y de otros poetas del siglo diecinueve.

Un río profundo puede llevar un arrastre superficial desde su fuente.

9. Nunca y siempre

En amor, nunca pedir y siempre dar. Aceptar siempre y siempre devolver.
(*Inédito*)

(1954)

10. 72 años

Tengo 72 años. Desde los 11 estoy leyendo, escribiendo y viajando. Sí, he leído y tratado a poetas de muchos países, a casi todos los del mío. Creo, por todo esto, que tengo derecho a opinar sobre la escritura española.

Yo podría sintetizar hoy mi gusto poético en cuanto a poesía española diciendo por ejemplo que el «romance del Conde Arnaldos», las estrofas tal, tal y tal de la «Canción del alma» de San Juan de la Cruz, la «Rima» «con mi dolor a solas» de Bécquer, el poema «él flotando en las aguas» de Unamuno, «La muerte de Abel Martín» de Antonio Machado significan los logros mayores líricos de nuestro idioma.

Si otros críticos no piensan como yo, no me preocupo por ello, ya que así será más estenso el vivero jeneral de la poesía española. Y tampoco ataco al crítico que me contradiga, pero defenderé mi derecho a mi gusto y diré lo que piense de los ejemplos de los otros escritores. Y también de ellos como hombres. Pero de frente y con mi firma.

Y si todavía viviera más y cambiara de gusto lo diría también, como en años anteriores unos exaltaron más a Góngora o Garcilaso por ej. más que hoy.

(Inédito)

(1954)

11. El sol de la simpatía

Las propiedades de los seres que queremos nos gustan jeneralmente porque pertenecen a estos seres queridos; no por lo que dichas propiedades valgan aisladas; porque el sistema de la simpatía las hace jirar en una atracción propia alrededor de su sol moral.

Son como piedras que atesora una soleación central májica que las hace como nuestro sol orijinal a las estrellas, preciosas.

(Inédito)

(1954)

12. La vida menor

Pues cuando yo digo «Dios» no estoy diciendo «Rey, Dueño, Ídolo, Señor», etc. en un sentido más o menos reverente de esclavo a amo, sino en sentido amoroso y simpático de parte a centro, es decir, en un sentido verdadero; estoy diciendo conciencia, orijen, principio y fin mío de los que yo participo como ente necesario, e integrante, y porque participo me sien-

to unido a mi Dios como la onda al río, la ola al mar, la arena al arenal, la vida menor a la vida mayor, que no podría ser sin la menor.

13. Rama, brazo, verso

El estilo del movimiento poético, que depende del medio en que vivimos, lo veo yo como el movimiento de un árbol en el aire, que siempre y por mucho que sus ramas, los versos, se abran y se cierren, vuelven siempre al centro fatal interior, porque están unidas al tronco y sustentadas por las raíces.

Los versos de un poema son como los brazos del hombre, que pueden demostrarlo y construirlo todo y llegar en intención y ademán al infinito sin que se nos vayan de nuestro tronco y de nuestro arraigar ideal. Al infinito he dicho, como un hombre de conciencia, no como un avión dependiente de una mano o de una técnica.

Y esto es el verso: brazo de hombre, rama de árbol que no se pierden por su intención. Porque su armonía, como la de la rama y la del brazo, dependen fundamentalmente de la contención y la retención de lo absoluto en provecho de su hojear, su florecer y su frutificar.

(Inédito)

(1954)

y 14. De par en par

Amigos y enemigos: las puertas de mi casa están siempre abiertas de par en par y siempre lo estuvieron, aunque algunos que entraron muchas veces dijeran que no.

Para entrar y para salir como yo entré y salí por muchas puertas menos abiertas que las mías.

De par en par, enemigos y amigos.

(Inéditos)

(1954)

J. R. J.

Mi serie «Ideología», que se publicó en el n.º XX de estos Cuadernos, la dediqué a José Luis Aranguren... Por alguna confusión (mía, sin duda) no aparecía impresa la dedicatoria a este buen amigo mío.